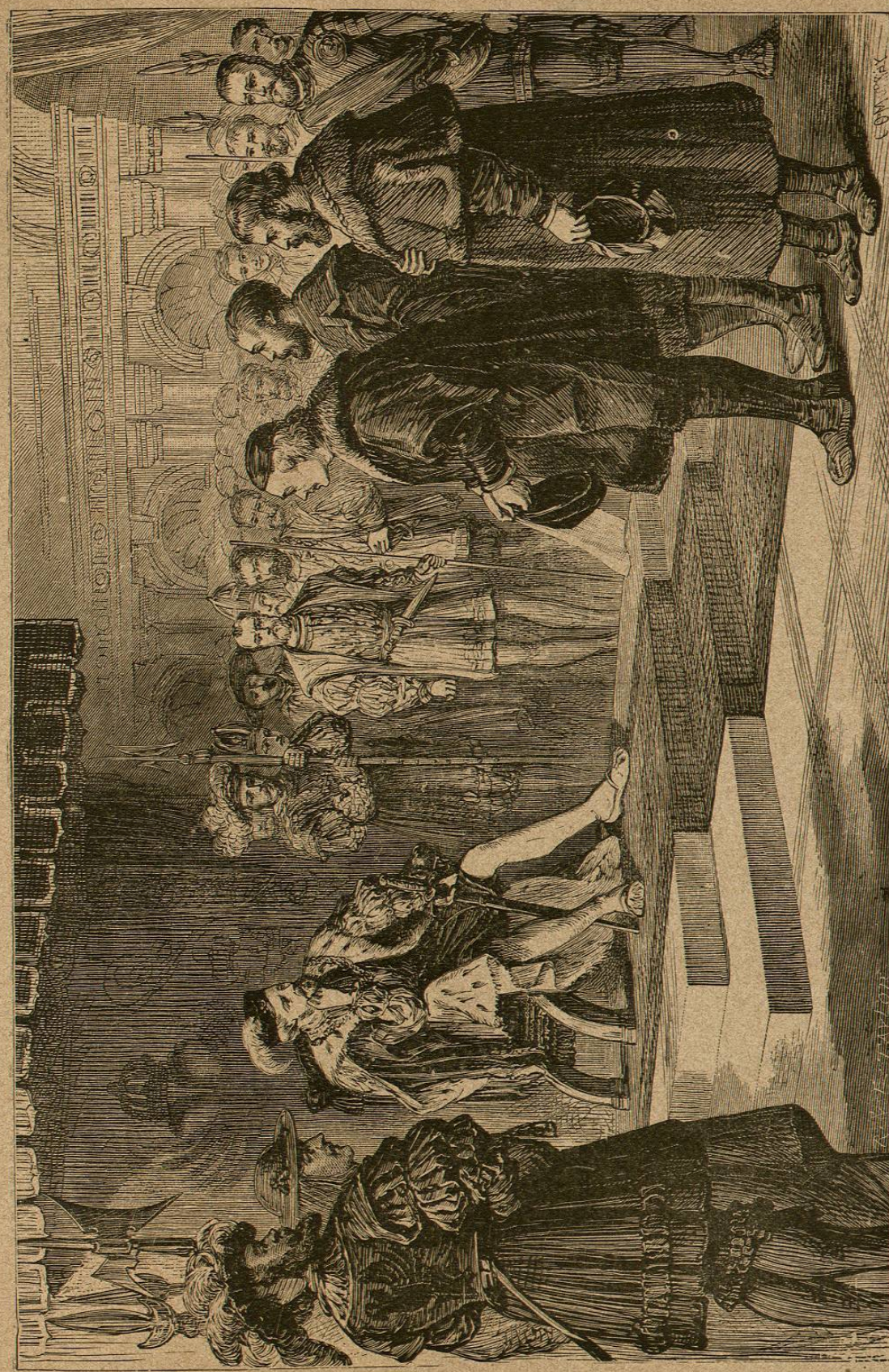


pacto con la Iglesia, que debía darle tantos pueblos y debía someterle tantas naciones, y este día de Bolonia, en que Pontífice y Emperador, heridos á pesar de su ostentacion y de su grandeza por los rayos revolucionarios, se apercebían á luchar con una idea invencible, que minaba sus tronos y deslustraba sus coronas!

En el momento mismo en que el Emperador desembarcaba, como hemos dicho, por las riberas ligúricas, tres embajadores de los príncipes protestantes atravesaban los Alpes, y dirigiéndose al encuentro de su soberano, concluyeron por hallarle en la ciudad de Plasencia, cuando se encaminaba desde Génova á Bolonia en demanda de su coronacion. Presentáronse, pues, á él y le notificaron la protesta de Espira, no sin añadirle algunas consideraciones religiosas en aquella manera protestante que desplacia por todo extremo al jóven y orgulloso monarca. El Emperador no desplegó sus labios durante la entrevista, usando de la reserva natural en su dignidad y en su raza. Pero, á los pocos días, les remitió una órden, por la cual conjuraba á los príncipes protestantes para que entrasen, bien ó mal de su grado, en una sumision inmediata. Como los embajadores protestasen, el secretario los amenazó con la confiscacion de sus bienes y con la decapitacion de sus cuerpos. Difícil fué la salvacion; porque Cárlos no quería tenerlos por inviolables enviados diplomáticos, sino por punibles vasallos rebeldes. Y, al fin, huyeron de una desgracia cierta, como criminales vulgares, á uña de caballo. Todos estos acontecimientos inclinaban el ánimo de Cárlos á tomar una resolucion suprema contra los luteranos. Dos partidos habia en la corte que daban dos consejos contrarios. El uno proponia la guerra; el otro proponia el concilio. Nada mas temible al Papa Clemente VII que este último expediente. Las Asambleas suelen ceder siempre en daño y desdoro de quienes las convocan para mantener y afirmar una autoridad arbitraria ó despótica. Así es que Clemente desautorizó en el concepto de Cárlos á cuantos proponian esta clase de Asambleas, cuya tradicion le era odiosa, prefiriendo un combate á muerte con el luteranismo y los luteranos.

En cuanto los embajadores del Protestantismo, escapados á las iras de Cárlos V, entraron en Alemania, divulgóse la voz de que traian consigo una declaracion de guerra. En efecto, los católicos empezaron á decir que el Sal-



LOS TRES ENVIADOS PROTESTANTES EN PRESENCIA DEL EMPERADOR CARLOS V

vador de la Iglesia venia y á señalar por Salvador á Carlos V. Y al par que estas voces corrian por las muchedumbres católicas; delegados del Papa se presentaban á todas las iglesias, demandándoles sus tesoros particulares, y aun sagrados, para una importantísima empresa. El Elector de Sajonia, conmovido profundamente, se dirigió á Lutero, preguntándole si habia de emplear las armas materiales de su ejército y las fuerzas coercitivas de su Estado en defensa de la nueva fe. Lutero, enardecido por su propia predicacion y exaltado hasta sentir la sed divina del martirio, pidió encarecidamente que solo se fiase la salud universal á la doctrina de Cristo y á la virtud de la predicacion evangélica, estando resuelto á presentarse donde quiera que se le citase, si por acaso fuese su seguridad y la seguridad de los suyos causa de inseguridad para el electorado y el Elector de Sajonia. Y con grande paz se puso á traducir el libro de Daniel lleno de amenazas á los tiranos y de esperanzas para los pueblos.

Realmente, como en los asuntos políticos se mezclan tal número de varias incidencias, el Emperador no podia, no, arremeter con todo empuje á los protestantes por miedo de los turcos. Dos ideas combatian ardientemente en sus consejos, la idea intransigente representada por el Nuncio Campeggi y la idea conciliadora representada por el canciller Gattinara. Y esta misma division, que reinaba en el seno de los ortodoxos, reinaba en el seno de los revolucionarios tambien. Mientras el inquieto y bullicioso Landgrave de Hesse preferia los medios violentos á los pacíficos, el sesudo Elector de Sajonia preferia los medios pacíficos á los violentos. Sin embargo, al ver los proyectos de la corte pontificia unidos con las amenazas de la corte imperial, y averiguar que el archiduque Fernando incitaba á su hermano el Emperador á que emprendiese una guerra sin misericordia y sin tregua, Juan de Sajonia pensó á su vez en acudir al tremendo expediente de las batallas, pensamiento, á cuya contemplacion se regocijaba el inquieto Landgrave, diciendo que la inminencia del peligro habia obrado el prodigio de conjurar la pereza en los indolentes sajones. El Elector, sin embargo, consultó á Lutero sobre la justicia y la oportunidad de la guerra; y Lutero aconsejó la resignacion y la paz. Observó el Elector que un príncipe, como él, no estaba obligado á seguir al Emperador, ni mucho menos á obedecerle ciegamente, siendo, como era, casi

su igual en las jerarquías imperiales. Pero Lutero le afeó este orgullo, diciéndole que proteger con las armas en la mano á los súbditos imperiales contra el Emperador, equivaldria en el fondo á que el alcalde, por ejemplo, de Turgao defendiese con las armas en la mano á los ciudadanos de esta poblacion contra los decretos del Elector. «¿Qué hacer?» preguntó entonces este. «Nada, respondió Lutero. Si el Emperador quiere proceder contra nosotros, que ningun príncipe tome nuestra defensa; Dios es fiel y no nos desampará.» En esto llegaron las cartas de Carlos V, convocando en Augsburgo la Dieta de todos los Estados de Alemania, para tratar las cuestiones pendientes, y con especial particularidad, la cuestion religiosa. Los términos de la convocatoria estaban inspirados en la prudencia y llenos de moderacion, como cumplia á la alteza y á la gravedad del asunto.

Por fin, el 15 de junio de 1530, entró solemnemente el Emperador en Augsburgo. ¡Espectáculo admirable! La voz del pueblo ahogaba todos los rumores como la voz del Océano, y como los vapores del Océano heria los cielos, á pesar del repique de trescientas campanas que se mezclaban con el retumbar de la artillería y el acorde sublime de innumerables orquestas; los senadores de la ciudad, vestidos á la española usanza, sacaban un palio de terciopelo escarlata sembrado todo él de áureas abejas; los príncipes alemanes, obedeciendo las prescripciones de la bula de oro, precedian al Emperador por medio del Elector Juan de Sajonia que iba entre el conde palatino de Herbach y el Margrave coronado de Brandeburgo, llevando, quien la espada imperial, quien el globo terrestre, quien el cetro, y vistiendo los tres sus trajes de púrpura bordados con sus respectivas armas y sus collares de oro sembrados de deslumbrante pedrería; el archiduque Fernando seguia inmediatamente al Emperador, reuniendo en torno suyo trescientos guardias de honor, todos uniformados de seda blanca y roja; delante de los príncipes lucia tambien su pompa el arzobispo de Maguncia, en torno del cual se apiñaban doscientos pajes vestidos de seda negra y amarilla; las diademas, el armiño, las veneras, los signos todos de la soberanía brillaban por do quier resaltando sobre los tapices que pendian de las ventanas y entre el follaje que enramaba las puertas; y circuido de todas estas inenarrables grandezas el Emperador, caballero

en blanco troton que manejaba con arte, envuelto en manto español deslumbrador por sus brocados, sobre una silla sembrada de piedras preciosas y unos áureos estribos forjados en metales de América, personificando en su florida juventud el mayor y mas vasto de los Imperios que haya jamás soportado la tierra. Lutero no pareció en la ciudad. A pesar de la proteccion, que le dispensaban los príncipes protestantes, no fué osado á presentarse allí, temeroso de ver cumplirse el decreto de Worms. Quedóse, pues, en Coburgo, fortaleciendo con su palabra y con su ejemplo á los que partian, y preparándose á darles toda suerte de consejos y de auxilios espirituales. Era el sitio de su nueva residencia una especie de Pathmos aislado en la cima de montaña elevadísima y defendido como todas las feudales fortalezas, donde tenia completamente á su disposicion, además del castillo, un palacio, y en ambos edificios treinta personas, de las cuales doce eran serenos, y dos centinelas perpetuos que guardaban, relevándose periódicamente, las formidables puertas. El sentimiento de la naturaleza, que distinguia, como una gran característica, el alma de Lutero, se despertó una vez mas y con ardor en presencia de aquellos sitios. Pocas veces se ha escrito nada tan tierno como sus cartas á Espalatino, fechadas desde las regiones del aire, y dirigidas á describirle aquella república ruidosa, que aleteaba y cantaba en todas direcciones, poseedora de lo infinito, en cuya luz se baña gozosa y cuyo espacio corta en giros innumerables con sus rápidos y continuos vuelos. ¡Cuán donosas aquellas comparaciones entre los diputados que discutian gravemente en las Dietas y los pájaros que con voz infatigable llenan los cielos con sus decretos y con sus predicaciones! No se asientan ellos, no, ni encierran en esas oscuras cavernas, á las cuales llama la lengua vulgar régios palacios, sino en la luz del sol, teniendo por tienda el cielo, por alfombra el ramaje, por circuito la atmósfera entera, por límite á sus correrías el propio é inquietísimo deseo. Nuestra sedería, nuestros brocados, el oro que borda nuestras vestimentas, les da horror, porque todos se hallan vestidos del mismo ropaje y adornados con idénticos adornos. Sus coros son unísonos, y en la uniformidad de las cadencias solo se percibe la disonancia que hay entre las voces de los polluelos y las voces de los machuchos. Aunque Lutero se lo preguntara muchas veces, no habia podido averiguar si tenian ó no Em-